

Cielo, y con ardientes plegarias anhela llegue el instante de empezar á recorrer su carrera. Llegó el momento: los verdugos sueltan los inquietos caballos, los cuales se lanzan á la carrera; encalla el cuerpo del Santo en las piedras y zarzales; y sintiéndose las briosas bestias detenidas, se irritan más y más, y sin dirección fija corren desahoradamente. ¿Quién es capaz de recordar sin horror el lastimoso estado en que tan cruel martirio pondría el cuerpo de Hipólito? ¡Las espinas y las piedras estaban enrojecidas con su sangre, sus cabellos quedaron envueltos en los zarzales; y aquí y allí se velan trozos de carne!... Todas las conjunturas estaban dislocadas, rotas, y los nervios magullados, los huesos quebrantados, las vísceras extendidas, y la sagrada cabeza.... Empero, ¡á qué detenernos en describir cuadro tan horroroso, cuando reclama nuestros más gratos y alegres pensamientos su espíritu inmortal, que rodeado de ángeles cruza triunfante el firmamento, y vuela á recibir la inmortal corona que el Cielo tiene preparada para los esforzados héroes de la fé!

Una prodigiosa y vivificadora virtud pareció transmitirse á las cenizas del santo mártir, segun la opinión más acreditada, puesto que trasladadas aquellas á Paris y colocadas en el templo de S. Dionisio, en ocasion que una peste terrible cundió por toda la Francia, la preservaron de la muerte que tan de cerca amenazaba á todo el reino.

En la peligrosísima navegacion del fluctuante siglo, ¡dirigios á Hipólito, hermanos míos, y cual en estrella amiga, fijad en él vuestra vista para no olvidar sus grandes virtudes; porque no podríais prometeros guía más seguro, ni asistencia más eficaz para vuestras necesidades, ni más vigorosa defensa para los peligrosos é inestables acontecimientos de la vida. De esta manera, la gloria que tributais á Hipólito, reanimando sin cesar vuestra esperanza y vuestra fé, é inflamándoos en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcesibles frutos; diferenciándose de aquella gloria que tributaban los infieles á sus falsos héroes, pues ésta les hacia cada día más ciegos y desgraciados. Para refrenar el orgullo que infundia á los paganos la memoria de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sublime héroe de excelsa grandeza de alma en el desprecio de las más deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros más formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal que os deseo á todos.

PANEGÍRICO I DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

*In gloriam meam creavit eum.
Yo le he criado para mi gloria.*

(ISAÍ. XLIII, 7.)

No es de la boca de Isaías de donde tomo estas palabras; es del seno mismo de Dios, en donde el Verbo, su palabra sustancial é increada, al ver los siglos todos presentes en el día de su eternidad, y pasar sucesivamente las generaciones sin cuento de los hijos de Adán, distingue á Ignacio, y marcándole en su frente pronuncia: «Yo le he criado para mi gloria.» Jamás ha podido encerrarse en ménos palabras un elogio tan grandioso. Y cuando Dios mismo es el panegirista, ¿qué puede añadir el hombre? Léjos, pues, de aquí ese gusto frívolo del siglo, que no se saborea sinó con las pomposas frases de la oratoria; léjos de aquí esa avidez, con que un mundo profano viene á recoger al pié de tan venerable cátedra algunas flores de estilo; flores efímeras, que heridas de maldicion se secan en el momento mismo que las ve nacer. Y si en toda ocasion y sobre cualquier asunto es una especie de sacrilegio, quemar en el templo del Dios vivo algunos granos de incienso ante el idolo de la vanidad: ¿qué atentado no sería en un día tan solemne, consagrado á refrescar la memoria de ese hombre extraordinario, que no respiró sinó la gloria del Señor, pensar en otra cosa que en imitarle, rindiendo un homenaje semejante á ese Dios, que quiere singularmente ser llamado el Dios de la gloria? Tal es el interesante objeto que me trae á este lugar. Yo no vengo á entreteneros, sinó á edificaros; no vengo á recrear oídos académicos con armoniosas cláusulas, sinó á gustar con los justos y con los predestinados el aroma celestial que Ignacio exhala y con que embalsama la Iglesia entera; vengo, y hé aquí el plan de mi discurso, á mostraros á Ignacio, dando á Dios, desde el instante de su

conversion, toda la gloria que podía darle una criatura mortal. Vengo haceros ver á Ignacio, que no contento con honrar á Dios en su persona, se empeña en reconquistar al mundo de las manos del vicio y del error, santificarle y obligarle á servir á la mayor gloria de su Dios.

Presentado su retrato desde estos dos puntos de vista, sin necesidad de darle facciones gigantescas ni de realzarle con mentidos colores, vosotros comprendereis todo el heroísmo de virtud á que se elevó con la gracia, y os sentireis movidos á besar la mano que lo hizo. Así, escrito con caracteres de luz el nombre de Ignacio, atraviesa y atravesará de generacion en generacion inflamando todos los pechos cristianos, y recogiendo las bendiciones sin número que le tributan á porfia todos los amantes de Jesús; y acreditando hasta la consumacion de los tiempos la verdad de esas enérgicas palabras, que prosidieron á su nacimiento, que fueron el timbre de su vida, que hermocean su busto, y que hacen hoy todo su panegírico: «Para mi gloria le he criado, le he formado, le he hecho.» ¡Virgen purísima! envíad á mi alma una centella de ese fuego sagrado que ardió en el pecho de Ignacio, para que mi lengua y mi vida sean consagradas á la sola gloria de nuestro Dios: A. M.

Aunque he dicho que Ignacio, desde el momento de su conversion, dió á Dios nuestro Señor toda la gloria que una criatura mortal podía darle, no es mi ánimo menguar el brillo de esas eminentes lumbreras, que de edad en edad ha encendido el soplo del Señor, y están colocadas en el firmamento de su Iglesia para lucir durante la noche de la vida presente. Tampoco pienso colocar al héroe que celebramos en una categoría aparte, y mucho ménos sobreponerlo al resto de los predestinados. Lejos de mí la necia temeridad, de querer tomar con endebles manos la balanza en que se pesan los escogidos, y que solo puede sostener el Todopoderoso. Y no necesito de aventurar hipótesis para probar las proposiciones que llevo avanzadas: hasta echar una ojeada reflexiva sobre Ignacio y su siglo; los hechos por sí solos hablarán. Con efecto: ábrese una grande y luctuosa época al principiar el siglo XVI, cuando para desolar el reino de Cristo, encuentra el Infierno un hombre dotado de las cualidades más propias para servirle de instrumento. Un génio ardiente, una erudicion no comun, una alta reputacion, y lo que es más, un orgullo indomable, á quien ni la vista de los más desastrosos precipicios, ni la punta viva de los remordimientos, ni los prodigios del Cielo eran capaces de arredrar: tal es Lutero. Los pueblos se precipitan en el error á la voz de este

profeta de mentira, con tanta facilidad como la débil arista es llevada al soplo de los vientos. Él evoca las ominosas sombras de tantas y tan antiguas herejías, que yacian en el polvo del olvido, y por un prestigio inconcebible, se reaniman, y á su palabra recobran cuerpo y vida. Ellas conmueven hasta en sus más sólidos cimientos el mundo moral con una agitacion nunca vista. ¿Quién pondrá, ¡oh Dios mio! un dique á ese aluvion de vicios, de errores y de sangre, que arrastra á la Alemania, la Suiza, Dinamarca, Inglaterra y Francia, y que amenaza tragarse el mundo entero? ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias? ¿Qué se han hecho vuestras eternas promesas?

Iglesia mía, nada temas; mira á ese jóven español, el último de tus hijos, ese será tu consolador: él no te conoce aún, y tú le has visto apenas al pasar sobre la fuente del bautismo. En el lujo y la molición de la corte ha consumido la estacion más preciosa de la vida; una sed insaciable de gloria le ha arrojado entre el estruendo de los combates. Obsérvale entre dos bravos ejércitos; sus miradas centellantes animan á los suyos, asombran á los enemigos. Sobre la brecha abierta en la ciudadela de Pamplona con espada en mano cubre al español, contiene el ímpetu del intrépido francés, cae al golpe de una bala y se decide la victoria. Sigúele al castillo de Loyola: sus agudos dolores no le recuerdan que es cristiano; la sombra de la muerte rodea su lecho y no le intimida; los últimos sacramentos no le cambian. Para disipar el fastidio que le aqueja en su convalecencia, pide un libro: no hay otro que ponerle en las manos sino la Historia de los Santos. Ignacio toma y lee; á medida que sus ojos recorren con desdén esos caracteres muertos, una mano invisible derrama en su interior gérmenes vitales; su grande alma despierta; pero despierta para sentir en su fondo todos los horrores del más récico combate. Sus antiguas ílusiones se chocan con sus nuevas luces; tropas de pensamientos contra pensamientos se encarnizan; á la perspectiva lisonjera de una hermosa vida que su juventud le promete, salta de frente la imagen aterradora de una muerte, siempre inevitable, que todo lo desvanece; á los hechizos de un amor profano, que largo tiempo le cautiva, acomete una eterna belleza, que pasa ante sus ojos pidiéndole el corazon. ¿Qué congojas, qué angustias, qué perplejidades! Ignacio se revuelve y se agita entre las manos del tiempo que le detiene con el embeleso de sus pompas, y la eternidad que le llama con sus inefables delicias. Jesús vibra un dardo inflamado, y este nuevo Santo cae á sus piés, herido de luz y de amor.

¡Santuario célebre de Monserrat! hácia ti corre en busca de otro Ananías este vaso de eleccion. Postrado ya al pié de un tribunal don-

de preside la misericordia, despues de haber repasado sus dias tenebrosos en la amargura de su alma, del más hondo dolor brotan pecados y pecados y más pecados; pero pecados bautizados por un diluvio de lágrimas. Al caós de las pasiones sucede la tranquilidad del orden: nuevos pensamientos, sentimientos nuevos y un no sé qué de divino, que en lo más íntimo dá saltos de alegría, anuncia el feto de la gracia. Recibe, ¡oh abogada de los pecadores, dulcísima Maria! recibe las amorosas expresiones con que os explica su devocion y ternura este hijo de predileccion eterna. ¿Retornará como la turba de los penitentes, á cultivar virtudes cómodas en el seno plácido de su familia? ¿Irá á deshacerse de su patrimonio, y depositar el precio en manos de los pobres, segun el consejo del Salvador, para caminar expedito en las sendas de la perfeccion? Contempladle al salir de Monserrat.

Encuentra en el camino que conduce á Manresa un mendigo; se despoja de sus vestidos, y recibe en cambio unos harapos. Vistese de este nuevo hábito, cíñese con la cuerda de la más singular pobreza; y sin otros testigos que su propósito, entra á practicar bajo los ojos de Dios un noviciado, cuya sola idea horroriza nuestra delicadeza. Sin permitirse dar á los suyos el último adios, renuncia para siempre á su país natal, y se lanza desnudo en el mundo para gustar toda suerte de privaciones, y vivir, segun la frase del Evangelio, á manera de las aves del cielo. El cortesano, el valiente, el hidalgo Ignacio ha desaparecido bajo unos andrajos, y no queda en su lugar sinó un mendigo, puesto á los pies de todas las clases de la sociedad.

Con este espíritu, para mendigar de puerta en puerta un mendrugo de pan, entra en la ciudad de Manresa. Su barba crecida, su cabello desgreñado hacen, que se le señale con el dedo por dó quiera que vá. Mil exterioridades ridiculas, compañeras inseparables de una extrema indigencia, reñen en torno de él un ruín populacho, que se complace en hacerle el blanco de la irrisión y de la bafa. ¡Oh alma sublime, comienza á llenar tu alto destino! El pastor célebre de Belén, que desquijarraba los leones, cele al amor de la vida, y representa por salvarla el personaje de un fátuo en el palacio del rey Athis; tú, que hacías temblar en los campos de batalla, quieres ser tratado como un demente por inuolar la vida delicadísima del orgullo. El cantor de Israel suelta el salterio, y vá á exponerse por el honor de su Dios á la tajante espada del más formidable filisteo; tú, por asociarte al humilde Dios de los cristianos, te desaudas de lo que eras, para poder recoger cada dia en las calles públicas las heridas de la más sensible humillacion. David, con la cabeza de Goliath en la mano, se

pasea ufano entre un trespel de aclamaciones; y tú, degollando con la cuchilla de la fé tu primera y más querida pasion, esa soberbia fatal, cabeza de todos los vicios, te hartas con la abyeccion y el silencio de la humildad. Ahora, sí, que puedes decir á mejores títulos que el rey profeta: De todos los favores del Cielo y de todos los bienes de la tierra; ¿qué es lo que me he reservado, Señor? Y de cuanto yo podía sacrificar, ¿qué es lo que no haya sacrificado por probar á la faz de la tierra y del Cielo, que nada estimo, nada busco, nada amo sinó á Vos, oh Dios mio? Locura sábia de la cruz, tú has probado ya mi primera proposicion. Embriaguez delicia, el Cielo se complace en contemplar tus escenas, y tú te deleitas en reproducirlas sobre la tierra. Mas continuemos.

¿Cuál es la mansion que Ignacio escoge en Manresa? El hospital. ¡Contraste bello! Un mismo hombre, poco há honrado en el palacio de los reyes de Castilla, menospreciado ahora en el suntuoso palacio donde se albergan todas las miserias humanas; en otro tiempo no reposaban sus miradas sinó sobre la púrpura y el cetro, ahora se sajan de dolores; en vez de esos respetos estudiados, suave incienso á los grandes del mundo, ¡con qué especie de culto besa las úlceras de un Dios doliente en sus miembros! Á las delicadezas de la cortesania mundana han sucedido las finuras de la caridad cristiana. Colocado á la cabecera del moribundo olvida el idioma de la vanidad, habla solo palabras de paz, infunde el óleo de la esperanza como el Samaritano en las fétidas llagas que habian abierto las pasiones. Acuérdate de lo que él ha sido, y entra en sociedad de angustias con el que agoniza, extiende para sostener la cabeza que desfallece una mano compasiva, al mismo tiempo que el gemido íntimo de su caridad acompaña á esa pobre alma, que se despide de la tierra hasta la region de la eternidad. ¡Ah! ¡qué almácea de fragantes virtudes cultivaba Ignacio sobre un terreno pantanoso! ¡Qué de trabajos! ¡Qué de humillaciones! Mas entre tanto se apresura la Providencia á levantar una punta del velo que habia tejido la humildad. Un sordo murmullo se esperece en Manresa. Ese hombre, objeto del oprobio, se dicen los unos á los otros, es una persona de distinguido nacimiento, á quien el espíritu de penitencia ha disfrazado. El semblante de las cosas muda, y comienza á ser mirado Ignacio con veneracion. Alarmado entónces como un criminal cogido infraganti, vuela á esconder su persona y su nombre.

Cueva de Manresa, tú abrigaste á ese ilustre fugitivo; su presencia te dará eterna nombrada. Tú fuiste testigo de esa cruda guerra que el Cielo declara á tu más intrépido conquistador. Si, el pecho de donde manaba ántes la leche de las más dulces consolaciones, se seca:

el maná cesa de llover para este fiel israelita en el desierto; la columna de luz desaparece; la nube protectora no le defiende ya; la vara milagrosa ha perdido su virtud; un ejército de escrupulos, de incertidumbres, de dudas, más feroz que el de los amalecitas, cierra el paso á la tierra de promisión; una negra melancolía, semejante á esos pèrdidos exploradores, pone á Ignacio al borde de la más angustiosa desesperación. Vencer ó morir es el grito de guerra con que se alimenta este impertérrito soldado. ¡Ah! días vacíos de todo consuelo, pero llenos de sangre vertida al golpe de cruentas flagelaciones; noches trabajosas como las de que se quejaba Job, pasadas en las vigiliás del espanto, sin otra compañía que un medroso silencio; prolongados gemidos sin encontrar un corazón amigo que los reciba; desfallecimiento mortal después de semanas sin probar una migaja de pan; cadenas de hierro..... Basta, triunfaste, Ignacio: el Cielo se confiesa vencido; en tu flaqueza has hallado el secreto de la fuerza; arrebatado como Pablo penetras ya en las potencias de Dios; oyes palabras arcanas que no es dado al hombre hablar; el astro del día que te vió misero pecador en Monserrat, aún no ha completado el curso anual de su órbita, cuando ya te ve con asombro transformado en un santuario radioso en medio de los éxtasis, los raptos y la más alta contemplación. Mundo profano, á quien no es dado gustar las realidades del Cielo, ébrio en el país de tus ilusiones, no quieres creer ahora sino lo que ves: un día vendrá, en que serás condenado á ver lo que no quisiste creer. Mundo animal, calla y pega tu innumada boca con el polvo; adora, y adorando llora, en tanto que yo, después de haber mostrado á Ignacio desde el momento mismo de su conversión, dando á Dios toda la gloria que una criatura mortal podía darle, paso á presentarle empeñado en santificar al universo entero para hacerle servir á la mayor gloria de su Dios.

Cuando Jeremias vió cumplidas las amenazas de que habia sido el mismo el profeta; cuando vió yerma y solitaria la ciudad privilegiada, reducido á pavesas su Templo maravilloso, degollado en sus plazas ó llevado en cautiverio el pueblo profético bajo la espada inexorable del rey de Babilonia, y un silencio sepulcral derramado sobre toda la faz de la Judea, soltando las riendas al dolor, suspira lamentaciones tan vivas y tan patéticas, que todavía se conservan empapadas de tristeza. Y cuando al descender de las alturas, ó más bien del tercer Cielo á que habia sido transportado en Manresa, Ignacio extiende sus miradas sobre el serpiente de la verdadera Jerusalén, esposa de Jesús, madre de los hijos de Dios, y la ve afcada toda al aspecto de tantas sillas episcopales desplomadas, de tantos millares

de vetustos templos, en donde humeaba la sangre siempre fresca del Cordero, trocados en sinagogas de Satanás; de tantas cátedras evangélicas desde donde fluían á torrentes la verdad y la vida, mudadas en cátedras de pestilencia; más angustiado mil veces que Jeremias, sacudidas sus entrañas de un inconsolable dolor, brotan rios de lágrimas de su corazón amante hecho ya un mar de amargura. ¡Hasta cuándo, Dios mío, exclama Ignacio, tus entrañas paternales no se moverán? Humilla al soberbio, alegra á tu esposa, y haz sentir al mundo tu diestra por siempre victoriosa. Anda, le dice, el Señor como el rey de Persia á Nehemias, tú reedificarás los muros de Sion abatidos; anda, le dice como á Isaiás, tú eres mi siervo y en tí me gloriaré; por tí reflorearán los desiertos; tú consolarás á mi pueblo afligido; en tí se gozará mi Iglesia. A esta palabra Ignacio se reviste de fortaleza; es un hombre sin el carácter y la autoridad de que está investido el sacerdocio cristiano; con todo, no se excusa; no tiene la más débil tintura de las ciencias; sin embargo no alega como Jeremias que es un niño ó incapáz de hablar.

Hombres mundanos, venid á aprender lo que es una alma noble y elevada. Ved á Ignacio, que interrumpe su conversacion con los Cielos para arrastrarse en el polvo de la escuela. Ved á ese hombre, que habla el idioma de los ángeles, sometido á recibir lecciones de una lengua extranjera; ved sentado entre los niños al que lleva en su pecho la luz de las naciones. Las universidades de Alcalá, de Salamanca y de París le cuentan entre sus alumnos. Superior á todas las repugnancias de la naturaleza, levantado sobre todos los juicios de los hombres, siempre errante bajo la forma ruin de un mendigo; qué de fatigas, qué de disgustos para devorar las espinas de la gramática y penetrar en el laboratorio de la filosofía! Nueve años consumidos en desmontar el árido campo de las ciencias para un hombre, lleno ya de la ciencia siempre excelente del espíritu divino, son quizá, en la asombrosa carrera de este varón singular, el más completo sacrificio.

Ejércitos acudillados bajo la bandera del luteranismo, con la Biblia en una mano y el hierro en la otra, amenazan invadir la capital del imperio cristiano. Á este espectáculo el celo de Ignacio se inflama; y como si hubiera asistido al consejo de la eterna Sabiduría, ó tuviera ánte sí abierto el libro sellado de la predestinación, escoge entre los miembros de la universidad de París para cooperadores de la obra que medita, los sujetos más distinguidos por su saber, y que descollaban más por la eminencia de sus talentos. Franquéales su corazón; descúbrelles sus planes de guerra contra el imperio mons-

truoso del vicio y del error; traza el árduo género de vida indispensable al soldado de un Dios crucificado; pinta los apuros de la ciudad santa, de la Iglesia madre, por todas partes asaltadas; muéstrales el peso inmenso de gloria reservada á los defensores de la más noble causa del mundo, cual es la causa de Dios. Pedro Fabro, y Laynez, y Salmeron, y Rodriguez, y Bobadilla, y Francisco Javier le escuchan, y sienten que á cada palabra una saeta ardiente los atraviesa: sus corazones se mudan, échanse á sus piés para abrazarle como á su padre. Nace la Compañía de Jesus, la virtud del Altísimo la rodea con su sombra.

Puesta luego á los piés del trono pontificio, Paulo III, sentado sobre la eminente silla de Pedro, se congratula al verla. Recibela de las manos de Ignacio, acógela sobre sus rodillas; y al imprimirle en la frente el sello augusto de la religion, sus entrañas se agitan, su alma engrandece al Señor, y su espíritu se regocija en Dios su salvador. Tus presentimientos, ¡oh padre de los fieles! cuando creías tocar la mano destinada á enjugar las lágrimas de la triste Raquel, no saldrán fallidos. Semejante á esa nube imperceptible que se eleva del mar, pero que dentro de pocas horas, segun la predicción de Elias, vá á extenderse, cubrir toda la atmósfera y deshacerse en lluvia sobre Samaria espirante de sequía; así, sobre el horizonte de la Iglesia, aparece la Compañía de Jesús, pequeña por el número de sus socios. ¿Qué importa? cada uno vale por diez mil. En breve gruesos batallones hacen temblar al enemigo.

¡Oh Ignacio! Mi alma se extasia al contemplar la órbita incomensurable que el dedo de tu ejemplo ha trazado á tus hijos incomparables. Al salir de la sombra de la culpa en Monserrat, apareciste como el sol despues de una noche tempestuosa; de claridad en claridad, avanzaste en tu carrera derramando á torrentes la luz, el calor y la vida; al tocar en el océano de la eternidad para ir á iluminar con tu presencia el mundo de las inteligencias, tu disco se agranda y provoca las miradas del viajero. Abre tú tambien los ojos al despedirte, y ve, dilata tu corazón y saciate de esa sólida, pura y suma gloria que has dado al Señor, quien para eso singularmente te creó. Abre tus ojos y ve esos cien colegios de religion y de ciencia, que como otras tantas plazas fuertes forman una cadena de diamante que ciñe la ciudad eterna, y la hace para siempre inexpugnable. Tu diestra, firmemente unida á la de Dios, es quien los ha plantificado. Abre los ojos, y ve diez mil guerreros diseminados en todo el órbe: siempre en accion y formados en cuadro, reconquistan ciudad es sobre ciudad, y conducen en su centro al pueblo escogido hasta la tierra de

promision: tú eres el Josué, alma de todo: tu táctica los hace invencibles. Abre tus ojos, y ve desde las playas en donde muere el sol hasta las regiones lejanas donde nace: el jesuita sobre los escombros de la idolatría tremola el estandarte de la cruz.

Nosotros, pobres viajeros sobre la tierra, mis amados hermanos, abramos tambien los ojos, y aprendamos siquiera hoy en Ignacio, los secretos de la política del Cielo para confundir las maquinaciones del Infierno. Satanás, su príncipe, se gloria de haber lanzado en el mundo de lo interior de los claustros un monstruo de maldad; y Dios, del centro del mundo, entresaca un mundano, y le hace un prodigio de santidad: el sacerdote alza bandera de rebelion contra los altares; el cortesano flamea el pabellon de la cruz para erigirlos á millares; el herestarca abre el abismo y resucita las añejas herejías; el neófito franquea los caminos del Cielo, y pisa con planta firme la hidra espantosa del error.

Ignacio, eres la niña de los ojos de Dios: quien te bendijere será bendito, y quien dijere mal de tí será maldito. Tu vida es el más acabado panegírico de cuanto el Señor merece; y Dios, á su vez, por cada alma que le adquieres, pronuncia en el consistorio de sus santos este asombroso panegírico. Ved ahí á Ignacio: para mi gloria yo le crié, y para mi más grande gloria yo le formé, yo le hice. Este elogio se repetirá hasta el día último de los siglos, supuesto que tú no cesas, aunque triunfante en los Cielos, de conquistar en la tierra almas para Dios. Tu Compañía vive aún á fuerza de singulares prodigios; y cuando por un juicio terrible contra los hijos de los hombres ella hubiera de morir; ¿quién arrancará jamás del corazón de la Iglesia el libro de tus Ejercicios? ¡Libro inmortal! tú has producido en tres siglos más justos que arenas cubren las riberas del mar.

¡Oh Jesús! En este día de tu gloria y tus triunfos, infórmanos con el fuego de tu caridad y amor, para que la memoria de tu siervo Ignacio, la historia de su vida, el recuerdo de sus virtudes excite en nosotros un celo semejante al suyo, con el cual anhelemos á obrar, vivir y respirar solo por tu gloria, hasta que llegue el día en que, coronando en nosotros tus dones, nos admitas á adorarte por toda la eternidad en el Cielo.

PANEGÍRICO II DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

Habeo igitur gloriam in Christo Jesu ad Deum.

Todos mis trabajos y mis obras las refero á Dios por Jesucristo.
(S. PABLO Á LOS ROMANOS, XV, 17.)

Preciso es que, á pesar de mi limitada capacidad, os hable hoy del esclarecido san Ignacio de Loyola; de este prodigio de su siglo, de este blanco de la contradicción de todos tiempos; de este hombre admirable, buscado con ansia por los grandes y poderosos del mundo, y perseguido, acusado, encarcelado como sospechoso y como hereje por los que estaban encargados de procurar y sostener la pureza de la fe; de este hombre, que, aún en nuestros días, es el objeto de las alabanzas y bendiciones de unos, y contra quien se vomitan las más repugnantes imposturas y calumnias por otros; de este Santo, cuyo espíritu vive en sus hijos, y unas veces son buscados con ansia por los pueblos y naciones como útiles y provechosos, y otras repelidos con ignominia y violencia como peligrosos, perjudiciales y trastornadores.

No intento ocuparme en refutar tantas injurias, y poner de manifiesto la mala fe, la falsedad y la malicia de los que en todos tiempos, y mucho más en nuestro siglo, han desenfrenado sus lenguas y manchado sus pestilenciales escritos con declamaciones alarmantes contra el recomendable fundador de la Compañía de Jesús... ¿Qué digo, hermanos míos? Refutadas y reducidas al polvo quedan todas, si, según el plan á que me he propuesto reducir su elogio os manifiesto: que en esos hechos admirables que forman el tejido de su vida; en esas conversiones tan célebres y ruidosas; en ese plan tan combinado para conservar y extender por todo el mundo la religion de Jesucristo; en ese esmero tan exquisito en apoderarse de la educacion de la juventud y de enjugar las lágrimas de todo género de

cera conversion, no tuvo otro fin, ni se propuso otro objeto que la mayor gloria de Dios y honor de Jesucristo; que no buscó ni pretendió sus intereses ni su gloria, sino los de Jesucristo; que puede muy bien decir como san Pablo: *Mis trabajos y mis obras las refero á Dios por Jesucristo.*

¿Qué más es necesario para que el mundo todo conozca el mérito de nuestro santo patrono y la malignidad de sus calumniadores? Á la verdad, si sus trabajos hubieran sido dirigidos por la política y prudencia terrena; si en ellos se hubieran ocultado planes y miras de una ambicion mundana; si se hubiese propuesto su interés ó su propia gloria, el mundo ensalzaria su sagacidad y sus talentos; pero nada tendria que alabar en él la religion, ni resonaria su nombre con tanto honor en nuestros templos. Pero, no habiendo obrado sino por Jesucristo y para Jesucristo, no habiendo procurado ni habiéndose propuesto otros fines que al mismo Jesucristo, ¿qué le falta para que le consideremos como á un celoso apóstol?

¿Y bajo qué punto de vista más útil puedo yo proponéroslo, y qué más conveniente que excitarnos á que en vuestros destinos y ejercicios, sean los que fueren, le imiteis en ordenar todas vuestras obras á honra y gloria de Jesucristo? ¿Qué más necesitaríamos todos para ser justos y santos? Falta que vo acierte á desempeñar el asunto que me he propuesto: pidamos los auxilios del Señor por la intercesion de su santísima Madre. *A. M.*

Lo he dicho y lo repito, hermanos míos, porque así nos los enseña nuestra religion: que las obras más grandes y extraordinarias, las empresas más ruidosas nada son y de nada valen en orden á la vida eterna, si no se dirigen á la gloria de Dios, si en ellas nos proponemos otro objeto que el de servir y agradar á Jesucristo. No hagamos caudal, según esto, del ilustre nacimiento y distinguida nobleza de san Ignacio, de los bienes de fortuna de su casa, de su bella disposicion y excelentes dones naturales, de su gracia con el Rey católico, de su intrepidez y valor en las armas. ¿De qué sirvieron los primeros treinta años de su vida sino para recordarlos despues al Señor en medio de la amargura de su alma? En su gentileza, en su favor, en su intrepidez y arrojo militar; en su fortuna y ambicion de gloria humana; ¿qué tendria que reconocer por suyo ni alabar la religion, ni qué nos quedaria de su memoria? El mundo mismo á quien se consagraba, ¿no hubiera olvidado ya despues de tres siglos sus hazañas y su nombre, y no se hubiera sepultado todo con él, necesitados; que en todas sus obras y empresas, despues de su sin-

como sucede con las glorias de los grandes héroes que le precedieron y de los que han venido mucho después?

En la defensa de Pamplona fué herido en una pierna, y trasladado á su casa, estuvo muy próximo á morir. Quería el Señor traer para sí á esta grande alma y hacerse de Ignacio un vaso de eleccion, que llevase su nombre por todas las naciones; y en sus adorables consejos dispuso derribarle en medio de su carrera como á Saulo, cuando más lleno estaba de ideas de mundo y de ambicion, de los honores y distinciones de la tierra. No fué suficiente para despertarle y sacarle de su apego al mundo la enfermedad que sufrió. Quedóse dormido un día; y apareciéndosele el apóstol san Pedro, le tocó con la mano y le curó: pero ni aún este milagro mudó su corazon. Vos, Señor, seguiais muy de cerca á esta oveja descarriada, y os propusisteis fatigarla y rendirla, para que entrase con más docilidad en las sendas de los pastos saludables y no saliese de ellas jamás. Mirabais la lucha de su corazon y quisisteis triunfar, y no dilatabais el triunfo sino para que fuese más completo. Obligado á guardar la cama por algunos dias todavía, pidió algunos libros para entretenerse con su lectura. Comenzó á leer por diversion la Historia de Jesucristo y de los Santos, porque no se halló otra en la casa, ni pudo satisfacer su deseo de leer romances ó algunas historias fabulosas. Continuó leyendo con gusto, y se estremeció comparando aquellas vidas con la suya. Conoció muy pronto, que solo Dios debe ser el objeto de todos nuestros deseos; que el mundo puede aducarnos y llenarnos de ilusiones, pero no satisfacernos, ni llenar el vacío inmenso de nuestro corazon, que solo puede llenar el mismo Dios. El Señor le ilustró y fortaleció con sus gracias; y sus pensamientos, sus esperanzas, sus deseos, su corazon fué felizmente trastornado. Todos aquellos grandes proyectos de fortuna, de aventajarse á otros, de orgullo, altivez é independencia; aquellas locas ideas de una gloria y ambicion falsa y mundana, desaparecieron; y entrando en sí mismo se conoció tal como era en la presencia de Dios. Se avergüenza de su vida pasada, y no reconoce por grande otra cosa que el agradar á Dios; y para esto se vuelve á Él con toda sinceridad y emprende las más rigurosas penitencias; penitencias severas, y que le duran tanto cuanto le dura la vida.

Sin miramiento á los respetos humanos; sin dar oídos á la prudencia terrena, que siempre halla medios para acomodarnos con Dios y con el mundo; sin temor á las burlas que pudiera sufrir de los mismos amigos; se resuelve con prontitud á convertirse á su Dios; y ya no oye otra voz, ni otras inspiraciones que las de su Dios. Abandona

sus vestidos, se ciñe de un cilicio y una cadena de hierro, se cubre de un saco, se hace despreciable en su persona, sufre sin quejarse los ultrajes de los disolutos, ayuna todos los dias, castiga rigurosamente su cuerpo que habia servido al pecado, é inventa medios para affigirle y reducirle á servidumbre. Se priva del sueño, se ocupa en la oracion, sirve á los enfermos en los hospitales, mendiga de puerta en puerta su sustento. Emprende un viaje á Monserrat á implorar la poderosa proteccion de Maria santísima: alli confiesa todos los pecados de su vida, y teme el confesor que quede muerto á sus piés por la fuerza de su dolor y arrepentimiento; y se vió en tanto trabajo para enjugar las lágrimas de su penitente, como solemos vernos con los muchos que llegan á nuestros piés para arrancarlas de sus ojos. Sin más equipaje que un saco, un báculo y los cilicios que ciñen su cuerpo, descalzo y con la cabeza descubierta, se encaminó á Mauresa; y fué recibido en el hospital para asistir á los enfermos. Mirábanle con tedio y con desprecio viendo el desaseo con que de intento castigaba su cuerpo, para resarcir lo mucho que le habia complacido. El demonio se valió de este medio para inspirarle disgusto á aquel género de vida: asáltóle el pensamiento, de que era una confusion verse entre mendigos y olores pestilentes, y que bien podía salvarse en la córte ó en su antigua ocupacion de las armas. Conoció muy pronto la astucia del enemigo tentador, y se dedicó á los oficios más bajos, á asistir con esmero á los enfermos que le inspiraban más repugnancia, á sufrir por Dios los desprecios y todas las molestias. Una virtud tan esclarecida no pudo ménos de llamar la atencion y atraerse los respetos de todos. Ignacio es reputado en el hospital por un ejemplar de virtud; pero Ignacio teme las alabanzas y los obsequios, y huye á sepultarse en una cueva y llorar solo con su Dios, hasta expiar sus faltas con los rigores de la penitencia.

¿Cómo es posible descubrir las austeridades, las mortificaciones, los ayunos de san Ignacio en la cueva de Manresa? Las tentaciones y combates tambien, que sostuvo contra el espíritu de tinieblas, que nada dejaba de sugerirle para que desistiese de aquel método de vida; las amarguras y desconsoles de su alma agitada de tan violentos ataques? ¿Aquella oracion continua y fervorosa, que era su único curso, y aquellas penitencias y castigos con que despedazaba sus carnes? El Señor, al fin, le envió sus consolaciones y recreos. Allí ilustró su entendimiento dándole á conocer los misterios de nuestra religion; allí se gloriaba el Señor de hablar con su siervo y comunicarle la ciencia de los Santos; allí compuso el admirable libro de sus Ejercicios, en que no parece sino que redujo á un arte la conversion

de los pecadores; ese libro, que es imposible leer con reflexion sin moverse á abandonar el vicio y abrazar la virtud; allí, conociéndose á si mismo, se aligia con las más espantosas penitencias; y cuanto más conocia á su Dios y era favorecido de su Dios, otro tanto se movia á castigarse más. Lleno del amor divino, Señor, decia con todo su corazon á su Dios, *yo no pido más gracia que amaros, ni más recompensa que amaros más y más*. No eran sus propios intereses, no era el deseo de librarse de las penas que habia merecido lo que buscaba ya en sus penitencias; habia ofendido á Dios, habia dejado de amar á Dios, y no pensaba sino en reparar la injuria que habia hecho á la Majestad divina, en procurar desagradar á Dios, en promover la honra y gloria de Dios. Sobre esto giran y á esto tienden ya todas las grandes obras de nuestro Santo. Aquella fogosidad con que pretendia y anhelaba por su gloria propia, se ha mudado felizmente en un celo por la gloria de su Dios. Por eso nada le parece duro, repugnante ni difícil, con tal de que contribuya á adelantar en el celo de la honra de Dios. Si se oculta de la vista de los hombres, es para ilustrarse en el conocimiento de su Dios y hacer dueño de su corazon á su Dios. Si se deja ver del mundo, es para que vean todos sus buenas obras y glorifiquen al Padre celestial. Si emprende el largo y penoso viaje de los Lugares santos, es para afianzarse en el amor á su Dios, para besar las huellas de Jesucristo, para derramar lágrimas en el pesebre en que quiso nacer, y renacer con Él para sepultarse con Jesucristo en su sepulcro, y para morir de amor al pié de su cruz. Si se mezcla con los niños y sufre la confusion de estudiar latinidad á los treinta y tres años en Barcelona; si continúa sus estudios en Alcalá, en Salamanca y en Paris, es para adquirir la doctrina necesaria para contentar su celo. En todas partes se sentirá su deseo de que todos amen á Dios; en todas partes obrará conversiones ruidosas, inspirará aquel desprecio del mundo, aquel amor á Dios que tan profundamente se ha arraigado en su alma. ¿Qué importá que se levanten persecuciones contra él? Los claustros se pueblan por sus consejos, los pecadores se convierten, deja en manos de Dios su defensa; y sus mismos delatores y jueces vienen al fin á reconocer su mérito y su virtud; y la persecucion solo sirve para aumentar sus triunfos y para encender á otros muchos en deseos de imitar su celo por la gloria de Dios.

Llegamos al dia memorable para siempre de la Asuncion de Maria santísima de 1534, en que puso los cimientos de la Compañia de Jesús, que tanto provecho y utilidad habia de dar á la Iglesia y al mundo entero. En la iglesia del monte de los Mártires reúne á seis jóve-

nes, todos de un mérito singular y dispuestos á seguirle. ¿Á qué os parece les conduce á aquel lugar y cuáles son las propuestas que les hace? ¿Irán á premeditar planes de trastornos, de enriquecerse, de buscar la gloria y los placeres del mundo? No; Ignacio les ha hablado, ha inspirado en ellos los sentimientos de su alma y el fuego que arde en su corazon; les ha propuesto su resolucion de dedicarse á procurar por todos los medios la salvacion de las almas, y pedido que le acompañen en tan gloriosa empresa; y ván á obligarse con un voto solemne delante de los altares, sobre las cenizas de los Mártires, y fortalecidos con el santo sacramento de la Comunión, á renunciar á todos los bienes, y trabajar por cuantos medios les sean posibles, en la conversion de los infieles y la salud eterna de las almas.

El celo de estos nuevos obreros se aumenta cada vez más y se deja sentir en todas partes. El sumo Pontífice, á cuyas órdenes se pusieron, los recibió con benignidad, les dió su apostólica bendicion, y licencia para que pudiesen ordenarse de sacerdotes por cualquier obispo los que no lo eran. ¿Cómo poder ahora referir aquel fervor, devocion y ternura con que, despues de cuarenta dias de ejercicios para prepararse, celebró san Ignacio la primera misa? ¿Cómo explicar los aumentos que recibió su fervor y su celo, su amor á Dios y su constante deseo de que todos le amasen con la nueva dignidad y el sublime carácter de sacerdote? Nuevos obreros entran con el mismo fervor á aumentar el número de los primeros. El sumo pontífice Paulo III aprueba solemnemente el instituto de la Compañia de Jesús. ¿Qué medio no adopta ésta, bajo la direccion y con las constituciones que formó su santo fundador, para ganar almas y extender el reino de Jesucristo? ¿Para extender sus conquistas por todo el mundo conocido y desconocido, y hacer que resuene en todos los ángulos del universo la voz que anuncie el Evangelio de Jesucristo?

Por todas partes se extienden y buscan con ansia los pueblos y los príncipes á estos celosos obreros animados del espíritu de san Ignacio, tan temibles para los enemigos de las almas y de la Iglesia. La misericordia y beneficencia es un medio muy seguro para atraer las voluntades y ganar á las almas. Ignacio recorre los hospitales con este fin, y encarga lo mismo á sus hijos. Sin más recursos que los de su celo y caridad, establece en Roma una casa de refugio para que se recojan las mujeres de mala vida y se santifiquen; otra para los judios convertidos. No se oculta á su celo que la educacion de la juventud, los primeros documentos que se dan á los niños, las máximas en que se imbuyen en las aulas, es lo que forma sus inclinaciones y su alma, por decirlo así; y quiere que su Compañia se

ocupe con preferencia, y sin faltar á las tareas del púlpito y confesionario, de la educacion de la juventud; en inspirar en los ánimos tiernos las ideas religiosas; y comunicar con las ciencias y las artes el amor á Dios y el cumplimiento de los deberes cristianos.

Demasiado sabemos la interpretacion siniestra, las miras de ambicion y política terrena con que ha querido graduarse esta saludable medida por los enemigos de la religion y del órden; y el empeño que se ha formado en arrancar de las manos de los discípulos de san Ignacio la educacion de la juventud. El tiempo y la experiencia hablan á su favor; y digasenlo si no, si en las cátedras confiadas á su direccion se han oído alguna vez, ó se hallan estampadas en sus escritos esas máximas corruptoras de las costumbres, injuriosas á la misma razon, opuestas á la religion y el órden, que forman á los impíos, y que por desgracia se hallan tan extendidas en nuestro siglo. Digasenlos, si de sus escuelas y con sus escritos no se han formado buenos esposos, buenos ciudadanos, cristianos fervorosos, príncipes justos y sábios, mártires y santos en abundancia; y si donde quiera que la juventud se ha confiado á su ensenanza no han correspondido á su fiel desempeño, se ha conservado la buena moralidad, y nada han tenido los príncipes ni los pueblos de que arrepentirse.

Los españoles descubren un nuevo mundo. Digan los enemigos de nuestras glorias, que solo tuvimos la mirada de la ambicion y de trasportar el oro á nuestro suelo. Ignacio envía á sus hijos, pobres, desprovistos, sin otra mira que la honra de Dios y extender el reino de Jesucristo entre aquellos infelices que vivian en las tinieblas. El Asia, el África, la América, por todas partes se extienden los hijos de Ignacio, sin otras pretensiones que las de su patriarca; anunciar á Jesucristo y procurar la salud de las almas. Para evitar toda ocasion de mira temporal, obliga á los suyos y se obliga á sí mismo, á no aceptar jamás dignidad alguna eclesiástica, ni recibir emolumento ni interés alguno por ocuparse en su ministerio.

No acabaria si me detuviese á indicar solamente los medios y modos ingeniosos de que se valió para aumentar la gloria de Dios y procurar la conversion de los pecadores; los trabajos, persecuciones y calumnias que tuvo que sufrir en el siglo de Lutero, Calvino y Enrique VIII de Inglaterra, que tan cruelmente hicieron la guerra á la Iglesia: los desvelos que le costó el régimen de su Instituto tan concertado para encender al mundo entero en la fé y amor de Dios, que ha sido la admiracion y el espanto de los enemigos de la fé, y lo que ha alarmado á todos los impíos y libertinos contra el instituto de la Compañía de Jesús.

Básteme decir, que en medio de todo vivió pobre, contento con un saco, sin miras ni pretensiones mundanas, sin más deseos que honrar á Dios y que fuese conocido su nombre, entregado á la más severa penitencia, á la más fervorosa contemplacion, hecho todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo, en lo que no puede dementirme la más atrevida impiedad. Básteme decir, que sus palabras, sus ejemplos, su asistencia á los enfermos y encarcelados, su predicacion, todo era edificante, y siempre volvía con célebres despojos del mundo que ofrecer á Dios. Que la vista del Cielo, la mirada á un santo Cristo, el hablar de Dios le extasiaba; y que despues de haber obrado siempre y haber encaminado todas sus obras á la mayor gloria de Dios, murió pacíficamente en el Señor, exhortando á sus hijos nada más que á amar á Dios y á procurar en todo su gloria.

¿Qué hacemos nosotros, hermanos míos, que pueda asemejarnos á este Santo que veneramos con tanto gusto? ¿En nuestras conversaciones, en nuestros ejemplos, en nuestras obras, en nuestras costumbres, procuramos la honra de Dios y la salvacion de las almas? ¿No somos acaso causa de su ruina por nuestros escándalos? ¿No procuramos nuestros intereses, nuestra gloria mundana, nuestro valimiento y favor con los poderosos de la tierra, y vivimos olvidados de nuestra salvacion y del cuidado de nuestras almas? ¿No vivimos como si hubiéramos de ser eternos en este mundo, en la disipacion, en los placeres, en las diversiones, sin procurar ni pensar en la gloria de Dios y en que sea conocido su nombre? ¿Y nos quejaremos de la inmoralidad y corrupcion de costumbres, de tantos crímenes como cada dia se cometen, de la indiferencia y desprecio de la religion, y del abatimiento en que se hallan los ministros del santuario? Si esto conocemos, ¿dónde está nuestro celo para oponernos por tantos medios como nos son fáciles, al torrente de libertinaje y de impiedad que todo lo arrastra? ¿Cuánto podríamos contener con un celo y un amor á Dios como el de san Ignacio?

Rogad, Santo glorioso, rogad al Señor que avive nuestra fé, que nos inflame en su amor, que entremos en deseos de procurar su gloria. Pedid que derrame sus gracias sobre esta patria que os vió nacer; que no nos abandone en castigo de nuestras culpas; que suscite nuevos Ignacios que reparen las ruinas y pérdidas causadas á la religion y la Iglesia; nuevos varones apostólicos, tan necesarios en nuestros dias para la educacion de la juventud, correccion de las costumbres y sostenimiento de la sana doctrina, y con ella del órden, la paz y prosperidad de las naciones.

Valga también la sangre de tantos mártires hijos de este gran Patriarca para aplacar vuestra ira, Señor, y que nos mireis con piedad, para que haciéndonos vuestros en esta vida, nos reconozcais y os alabemos en la Gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN ILDEFONSO, OBISPO.

Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

Quien hiciere y enseñare, este será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATT. V. 19.)

¿Quién es este, católicos, quién es este á quien hoy ofrecéis vuestros votos y dirigis vuestras súplicas? ¿Quién es el que así obliga vuestra memoria, y há tantos años adenda vuestros cultos? ¿Quién es el que en este día nos hace partícipes de estas ofrendas sin negarnos el mérito de todas ellas? ¿Quién es sinó aquel hombre bienaventurado, que desprendido de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás determinó sus ideas ni encaminó sus pasos á los bienes del siglo, ántes los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sinó aquel héroe generoso, que se retiró del mundo, para disponerse á cosas grandes, espirituales y sublimes? ¿Quién sinó aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendición por todos los siglos?

¿Quién ha de ser sinó Ildelfonso, aquel otro Timoteo, discípulo de los otros Pablos, Isidoro y Eugenio, tan aventajado en la educación, como gloriosos aquéllos en su enseñanza? Ildelfonso, cuyo nacimiento ilustre alegró á Toledo, y fué presagio feliz de aquella afligida Jerusalén, cuya inocencia, cual la de otro Moisés entre los egipcios, no peligró entre los godos; Ildelfonso, lumbrera de la Iglesia toledana, que defendiéndola invadida de muchos y poderosos enemigos, la sostuvo en la religion y en la creencia; Ildelfonso, gloria de su siglo, el defensor celoso de María?

Este es, hermanos, el héroe esclarecido, que hoy ofrece la Iglesia á nuestra consideracion é imitacion, como digno de aquel elogio que hace Jesucristo en el Evangelio que acabais de oír, en el que se re-

duce la gloria de la verdadera grandeza á la santidad y á la sabiduría verdadera. Cualquiera, dice Jesucristo, que se empleare en buenas obras, y así instruyese á los hombres con su doctrina y ejemplo, éste será grande en el reino de los Cielos. Tal es, oyentes, la idea más perfecta y conforme á la verdadera sabiduría. Y á la verdad ¿de qué sirve la luz si no alumbra? ¿De qué el ejemplo si no mueve á la imitación? ¿De qué la doctrina si no se practica con las obras saludables? Si se evapora la sal en frase de Jesucristo, es decir, si se disipa en aire la ciencia: si se reviste del orgullo y de la soberbia, ¿de qué aprovecha? ¿Quién corregirá entónces las costumbres? ¿Quién purificará las máximas de corrupcion? ¿Quién exterminará los hábitos criminales?

¡Ah! y qué bien entendió Ildefonso esta máxima! ¿qué impresion le hizo esta saludable idea! Desde luego se propuso entrar en la casa de la Sabiduría y penetrar en su interior, descubrir su espíritu; pero despues de haberse fundado una vida irreprochable y una conducta por todas partes arreglada, empezó desde luego á enseñar la verdad; pero mostrando con sus pasos el camino para seguirla: se resolvió á predicar la humildad; pero adornándose primero con esta virtud: se animó á exhortar á la caridad; pero despues de estar ardiendo en el amor de Dios y del prójimo. Ved aquí su verdadero elogio: «Ejemplar de santidad por sus virtudes, maestro de la verdad por su doctrina.» Para que yo pueda formarle de un modo que sea conveniente á vuestro espiritual aprovechamiento, imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

No es la ciencia, sino la virtud la que constituye á los hombres en la clase de héroes. De nada sirven las ideas elevadas, los conceptos sublimes, los pensamientos agudos, si el corazón se halla poseído de la iniquidad. Sin la religion son humo las academias literarias, las filosofías del buen gusto y las decantadas bellas artes. ¿De qué aprovechó á Salomon ser reconocido por el más sábio de los hombres? ¿De qué aquella erudicion profunda á Tertuliano? ¿De qué á tantos sábios del siglo el conocimiento de la antigüedad y de la historia? ¿De qué sinó de testigo el más convincente de su perfidia é impiedad? ¿Qué consiguió la ciencia de los antiguos filósofos tan celebrada del paganismo? ¿Qué la elocuencia de los griegos? ¿Qué la erudicion de los romanos? ¡Ah! hermanos, todo se desvaneció como el humo, porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, la pureza cristiana, la conformidad con las máximas del Evangelio; y todo lo que no sea la observancia de los divinos preceptos, una con-

ducta irreprochable y una ciencia religiosa, es vana filosofía, es aire, es corrupcion, es nada.

¡Oh! ¡y qué bien se descubre esta verdad en la vida de Ildefonso! Pareció que desde su infancia procuró con todo esmero imprimirla en su corazón. Nació Ildefonso para gloria de nuestra España á principios del siglo vii, á poco de haber sido purgados del arrianismo estos reinos; fué su cuna la imperial Toledo, fecunda en tantos héroes de la religion. Desde sus tiernos años empezó aquella grande alma á dar señales manifiestas del rico caudal de virtudes con que se habia de ver enriquecida: la modestia, la devocion, la obediencia, la honestidad son el carácter con que en esa edad nos le pintan los historiadores. Para que más se perfeccionase en la virtud le entregaron sus padres al cuidado de S. Eugenio y S. Isidoro, que como dos soles sobresalian entre los astros de la Iglesia de España: educáronle éstos como quienes conocían iban formando un hombre, que con su doctrina habia de fundar, no solo todo España, sino todo el cristianismo. Y en efecto, oyentes míos, no les salió vana su esperanza; porque de tan noble escuela apareció una luz que, prevaleciendo sobre las tinieblas, sirvió de antorcha á los fieles, y de un fuego voracísimo á los enemigos de la Iglesia. En tan noble escuela se crió un obispo santo, inocente, sin mancha, sin comercio con los pecadores en frase del apóstol: de tan noble escuela suscitó Dios aquel sacerdote á medida de su corazón, que todos los dias de su vida habia de seguir á Jesucristo; y en tan noble escuela, finalmente, se formó un nuevo vaso de eleccion, que, lleno del espíritu de inteligencia y de una caridad imponderable, habia de entregar su corazón al cuidado de la inocencia, de la piedad y de la justicia.

Despues de una educacion tan cristiana: ¿qué esperamos de Ildefonso en el progreso de su juventud? ¿Acaso una soberbia vana, un lujo insoportable, un vil deseo de los deleites, carácter con que por lo comun se distinguen los jóvenes de nuestros dias? Nada ménos que eso. Conocía bien Ildefonso la fortaleza de las pasiones en este tiempo; sabia muy bien, que el no ponerlas freno era dejar correr un caballo desbocado al precipicio; maceraba por lo tanto sus inocentes carnes con repeticas y grandes mortificaciones, ayunaba casi continuamente, se abstenia de los concursos públicos; aún más, huía de aquellas diversiones que por indiferentes son permitidas á los profesores del cristianismo. De ahí nacía aquella pureza suma que le equivocaba con los ángeles. Ildefonso era puro en sus palabras, puro en sus obras, puro en sus pensamientos; y tan puro en los primeros pasos de su infancia como en los últimos alientos de su vida. Pero

¿cómo no había de ser así el que tan familiarmente trataba con María? ¿Se dignaría acaso esta Señora, de llegar al que se hallára encañagado en el sucio lodazal de la sensualidad? No puede ser. ¡Feliz jóven, que así supo preservarse de la corrupcion de una edad en que casi es desconocida la virtud! Para conservar más la rectitud y adelantar en la perfeccion, determinó trocar las libertades del mundo por las austeridades de un monasterio; que así sentían entónces los santos, bien diferentes de los sábios de nuestros dias, tan contrarios al monacato como al espíritu del cristianismo.

Con esta determinacion, pues, renunciando un rico patrimonio, hollando los obstáculos que le opusieron sus parientes, despreciando las amenazas de su mismo padre, partióse al monasterio Agaliense, sito en los arrabales de Toledo. Consiguió su deseo; vistió el hábito religioso, y recibió con él una nueva obligacion de ejercitarse en la heroicidad de las virtudes que constituyen un perfecto monje. La oracion, la obediencia, el retiro fueron desde aquel punto la ocupacion ordinaria de nuestro monje; el desprecio de sí mismo era tan grande, que tenia en admiracion á sus superiores; la obediencia tan ciega, que los más leves consejos pasaban en su conducta por los más rigurosos preceptos; su celo y amor á la religion tan fervorosos, que despues de haber fundado un convento para religiosas con el caudal que heredó de su padre, ponía toda su complacencia, como otro David, en habitar la casa del Señor, y en haberla elegido para su morada. En una palabra: parece que las virtudes todas de los demás monjes se habían reunido como en propio centro en solo Ildefonso. Tal era el espíritu de nuestro Santo.

¿Qué maravilla, pues, será, que siendo aún diácono, se vea elevado, á pesar de su resistencia, á la prelacia del monasterio? ¿Qué extraño que excediéndose más y más en su desempeño, y trascendiéndose más y más por todas partes el olor de sus virtudes, sea nombrado para metropolitano de Toledo? Pero ¿quién podrá ponderar lo que se angustió aquella alma con la noticia de su nueva dignidad? Consideremos á Ildefonso teniéndose por el más despreciable de los hombres, juzgándose el más inútil de todos, despreciándose, no solo de las mayores dignidades del siglo, sino aún de las menores del monasterio; consideremos, vuelvo á decir, á este mismo elevado á la alta dignidad de arzobispo, y formaremos tal cual idea del sobresalto que concebiría en su engrandecimiento; así alabaremos y ponderaremos como corresponde el que un Ildefonso, digno sucesor de los Eladios, Justos y Eugénios, se resistía á la eleccion.

Desde esta época, la más brillante de la vida de nuestro Santo,

cual pastor solícito, cual celoso ministro, procura ahuyentar los lobos de su rebaño, y se empeña todo por el amor de su Esposa. Desde entónces, conociendo lo pesado de su ministerio, pide á Dios un doble espíritu para soportarle; desde entónces aparece un Moisés en sus resoluciones. Tú, Señor, le decía, tú me has sacado de la soledad y retiro; tú me admites á ser dispensador de tus altos designios; tú me constituyes príncipe de tu pueblo; pues ni yo temo á la contradiccion por tu amor, ni nada me hará fuerza. Entónces era un David en el amor. Señor, exclamaba, no permitas se gloríen el pecado, el lujo y la concupiscencia; si le parece, triunfa de todos á mi costa; á trueque de tu gloria velaré, padeceré y entregaré la vida. Tales eran los generosos sentimientos de este santo prelado, y tal su celo por el rebaño de Jesucristo.

Estas eran las ocupaciones de Ildefonso en su mayor grandeza, procurando solícitamente, en expresion del apóstol, manifestarse ante Dios un obrero incansable de su viña, que trata rectamente la palabra de la verdad. Y ¡qué! me preguntareis, estos cuidados ¿le apartarán de aquella austeridad y devocion, virtudes peculiares de su persona? Nó por cierto; antes bien llegaron entónces á tocar la línea de lo heroico. Testigo de esta verdad es aquella rara familiaridad que en tal estado tuvo con María: había amado á esta Señora desde niño; y este amor se había radicado tanto en su corazon, que ni vida, ni riqueza, ni honra, ni cosa alguna apetecía si había de quitarle un punto de la devocion á María. Por eso esta Señora le socorria en sus necesidades, le consolaba en sus aflicciones, le aconsejaba en sus dudas y le ayudaba en sus trabajos. Con tan poderosa protectora, ¿qué no haría aquella alma naturalmente grande! ¿qué no emprendería su celo! ¿qué no elevaría su piedad en los últimos años de su vida! Así fué, ayentes: conservó siempre la misma integridad, la misma inocencia de costumbres, la misma santidad. Hasta aquí, epilogadas las principales virtudes de Ildefonso, en todas le hemos admirado grande; y si el serlo en una sola es capaz de constituir á un hombre en la clase de héroe, Ildefonso, que fué gigante en todas, ¿á qué grado no elevaría su grandeza? Con efecto, hermanos, la elevó á lo sumo; mas no por otro medio que practicando lo mismo que enseñaba: por esto es venerado ejemplar de santidad y tenido por grande en el reino de los Cielos. Resta pues, que habiéndole considerado singular por sus virtudes, le contemplemos como admirable por su verdadera sabiduría.

Cuando un entendimiento se considera por su naturaleza grande, le es fácil cautivarlo todo ménos á sí mismo en obsequio de la fé.

Esta dificultad ha sido sin duda el principio de todos los desórdenes y madre de todas las herejías. Sujetaron, si, á Dios, un Arrijo, un Eutiques, un Pelagio sus desordenadas pasiones, multiplicando rigurosas penitencias; pero ninguno de ellos quiso cautivarle el ingenio, ¡Cuán innumerables han sido los que, por no rendirse un poco á los oráculos de la fé, han malogrado un rico caudal de merecimientos atesorados, ó en las grutas de los yermos, ó en la soledades de los claustros! No sintió Ildefonso esta dificultad, porque desde sus primeros años se radicó tanto en los principios de nuestra santa fé, que no cesó de dar las pruebas más eficaces de su firmeza; desde aquel tiempo se entregó tanto al estudio de las sagradas letras, que parecía otro Esdras en preparar su corazón para investigar la ley del Señor. Con efecto, hermanos, ellas fueron la base y fundamento de los estudios de Ildefonso; con ellas disputó, con ellas escribió, con ellas venció, y aún á sí mismo se perfeccionó con ellas. De sola la divina palabra supo extraer aquella ciencia santa que ha sido admirada por espacio de doce siglos.

Con instrucción tan admirable subió Ildefonso á la cumbre del arzobispado, y aquí fué desde donde este sol empezó á difundir por todas partes los rayos de su doctrina. Todos los días predicaba la palabra divina, explicaba á los niños los misterios de nuestra santa fé, administraba sacramentos, formaba catecúmenos, y, en una palabra, nada omitía en beneficio de su rebaño. Ildefonso recorrió las poblaciones de la provincia Carpentana para ganar algunas almas, tristes víctimas de las reliquias del arrianismo; pidiendo de día y de noche al Señor, que fortaleciera á su pueblo para que no fuese trofeo miserable de la herejía é iniquidad. Pero suspendamos la narración de sus heroicas acciones para pasar la vista por los rasgos de su sabiduría en sus escritos, porque no solo la lengua se empleó en tan dignas ocupaciones: también la pluma entró á participar de sus victorias.

Publicado el prodigioso número de escritos que dió á luz, consultando únicamente con la utilidad de los fieles. Los doce sermones sobre la virginidad de María, los libros sobre la propiedad de las tres personas y sobre los sacramentos; el camino del desierto espiritual, sus cartas, sus epigramas, sus himnos; son otros tantos monumentos que, acreditando lo agigantado de su espíritu, manifiestan el celo fervoroso que inflamaba su corazón; obras todas, á lo que creemos, llenas de un espíritu de uncion admirable, y que debemos sentir se hayan perdido enteramente ó figuren solo entre los manuscritos de las bibliotecas. Pero donde más se admira lo delicado de su ingenio y piedad, es en el libro que escribió sobre la virginidad de María.

contra algunos herejes que de la Galia gótica pasaron á nuestra España. Eran éstos unos hombres que, inuidos en los errores de Helvidio, igualaban el matrimonio á la virginidad, negando ésta á la que, como Templo del Espíritu Santo, no puede admitir mancha alguna. Una herejía de esta calidad se extendió fácilmente entre todos aquellos que, siendo siervos de sus pasiones, atropellan por todo lo que halaga el apetito. ¿Qué dolor no causaría en el corazón sensible de Ildefonso semejante doctrina? ¿Cuánto no se contristaría aquel ánimo al ver, á un mismo tiempo, extinguida la religión y combatida la pureza de María? Amábala tiernamente desde niño; y como le había entregado el corazón, cualquier injuria hecha á tan tierna Madre la reconocía por propia. Por tanto, conviértese todo contra tan pestilencial doctrina, y desde luego se prepara á la defensa: habla, predica, disputa, arguye, escribe, todo con singular acierto y con tal elocuencia y sensatez, que en brevisimo tiempo logró purificar de este contagio á toda la cristiandad.

Hé aquí la singular victoria que hizo más patente su mérito, y á que se siguió un premio que no hallamos ejemplar en los anales de las historias. Hablo de aquella feliz aparición acaecida en Toledo á presencia del rey, del pueblo y de la clerecía, cuando estando el Santo en oración ante el sepulcro de la gloriosa mártir Santa Leocadia, se levantó la losa que la cubría, y elevándose aquella, dijo al arzobispo con voz clara y perceptible de cuantos presenciaban tan tierno y extraordinario espectáculo: «Por tí, Ildefonso, vive el honor de mi Señora.» ¿Qué más? La misma virgen María, vistiéndole una rica casulla, quiso por dos veces significarle de palabra su gratitud; que así honra la Señora á los que se esmeran en defender su original pureza. Confesemos, pues, que fué grande el celo de Ildefonso por la casa del Señor y gloria de María; confesemos que fué grande su cuidado en apacantar la grey de Jesucristo; grande su vigilancia en educarla en la sana doctrina; y grande su eficacia en libertarla de los seductores y falsos profetas; y de este modo conventremos, que, en virtud del rico caudal de sus merecimientos, es verdaderamente grande, no ménos que por su santidad, por su sabiduría, en el reino de los Cielos.

Tal es, hermanos míos, el ejemplar que hoy ofrece la Iglesia á nuestra consideracion é imitacion. Si; Ildefonso es un original muy perfecto, en que deben estudiar los cristianos de todos estados, así de naturaleza como de profesion. Ya lo habeis oido: Ildefonso fué un niño obediente á sus padres, dócil á sus maestros, amante de la religión é inocentísimo en sus costumbres. Ildefonso fué un jóven reti-

rado de las diversiones del mundo, mortificado con asperísimas penitencias, abstenido de los concursos públicos, y escrupulosísimo profesor de la honestidad y pureza. Ildefonso fué un monje, cuya obediencia embelesa á los superiores, cuya oracion es continua y fervorosa, y cuya humildad edifica al monasterio. Ildefonso fué un ministro del santuario abrasado de una ardientísima caridad, devotísimo de María, padre de los pobres, y celosísimo por el bien de su grey y acrecentamiento de la religion cristiana. Últimamente, Ildefonso, fué un héroe, que animado de una fé robusta, predica todos los dias, instruye catecúmenos, sostiene á los débiles, anima á los esforzados, combate herejias, funda monasterios, triunfa de todos y exalta el nombre del catolicismo.

No olvidemos, pues, oyentes, la instruccion que nos dá con sus acciones y con su doctrina; tratemos de formarnos segun sus ejemplos. Aprendan los ministros del santuario á sacrificarse en obsequio de su Señor, cautivando su entendimiento á la fé y su vida en beneficio de las almas que forman la grey de Jesucristo.

PANEGÍRICO DE SAN INDALECIO, MÁRTIR.

Adauge nobis]adem.
Auméntanos la fé.

(S. LUCAS, XVII, 5)

Más de seis mil años hace, que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo; pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazon humano? Baste el ejemplo de Salomon para nuestro desengaño. Este rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos; sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y deleites estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar, que todo cuanto habia hallado en la tierra no era más que vanidad y afliccion de espíritu. Es, pues, un error, el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazon. Nó, no es en la tierra, es en el Cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir mire á lo alto, dice San Pablo; de otro modo, siempre será cierto, que el que siembra en corrupcion, en corrupcion cogerá. Sembremos en la inmortalidad, para que la inmortalidad dichosa y feliz sea nuestra cosecha, y demos por felizmente concluido el negocio de nuestra felicidad. En esto consiste la ciencia de la salvacion que enseñó á los españoles el glorioso san Indalecio, escogido en los decretos eternos para hacer feliz á la nacion católica con las doctrinas de la cruz que predicó á nuestros progenitores.

Si, señores: san Indalecio fué uno de los varones apostólicos que vino á España con poderes del Cielo para hacernos racionales, virtuosos y santos en esta vida, y conducirnos á la Gloria. Este Santo nos trajo aquella fé viva, que nos une con Jesucristo; aquella fé, sin la cual nuestras almas son como los sarmientos separados de la vid, que

solo sirven para el fuego; aquella fé, que venció al mundo disipando sus errores, desterrando sus vicios y corrigiendo sus costumbres; aquella fé, tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes y tan eficaz en milagros; aquella fé, que dió á la Iglesia millones de mártires, que pobló los desiertos de penitentes solitarios, que produce infinita multitud de vírgenes, y llena de bienes á los mortales que la reciben en las aguas saludables del bautismo. San Indalecio fué del número de aquellos enviados del Señor que entraron en nuestra nación venturosa, diciendo á nuestros padres: Vuestra felicidad consiste en vivir como buenos cristianos, en amar y servir á Dios en esta vida para poseerle y gozarle eternamente en la Gloria. ¡Qué acontecimiento este tan prodigioso y tan fecundo en dichosas consecuencias! A él debemos la dignidad incomprendible de ser hijos de Dios, herederos de su reino y hermanos de Jesucristo. Por san Indalecio somos cristianos, es decir, *nobles, dichosos y felices*, como los que decían á Jesús: Señor, aumentanos la fé. Así os lo haré ver en este breve rato.

Reina y señora de todo lo criado, no me negueis vuestra protección: *A. M.*

Que haga el mundo pomposa ostentacion de sus leyes, de sus máximas, de sus prácticas, usos y costumbres; que las preconien con artificiosa elocuencia sus parciales; que viertan himnos de placer y salten de gozo los que se creen felices entre las inmundicias de un cinismo degradante; que griten, en fin, y nos atruenen con sus voces tumultuosas, los que se escandalizan de la cruz y huyen de las mortificaciones y penitencias que inspira; que por eso la verdad no deja de ser verdad, ni la mentira deja de ser mentira. Por más que los mundanos apelen á sus engañosas exterioridades, á sus afectadas simulaciones, á sus risueños encuentros y á sus aparentes alegrías; porque ridiculicen y hagan chaqueta de los que, con espíritu de devoción y retiro, se ocupan en pedir gracias al Cielo macerando su carne y reduciendo su cuerpo á servidumbre; porque los hijos del siglo se alegren, se diviertan y se rían; y los fieles lloren y se entristezcan; no será eternamente cierto, que en el mando todo es postizo, falso y aparente; que sus mismos panegiristas lo condenan en su corazón; y que no hay quien no conozca que en la hora de la muerte todo huye, todo se apaga, todo desaparece y todo se evapora, dejando, no obstante, escrita la sentencia de condenacion en las almas de los insensatos, que tuvieron por cierto y verdadero lo que no lo era? Ciertó, ciertísimo, aún más que el que estamos nosotros en esta

iglesia, lo es, el que la muerte viene avanzando hácia nosotros con la órden de hacernos entender, que solo son felices los que creen, esperan y aman á Dios, según las máximas y doctrinas del Evangelio. Entónces los mundanos confesarán que se engañaron en su eleccion, rabiarán y se desesperarán; pero los cristianos verdaderos oirán llenos de un gozo celestial los ecos de estas verdades eternas; bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados; bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa. ¡Qué Infierno para los auos, y qué Gloria para los otros! ¡Qué desdicha, y qué felicidad!

A librarnos de la primera y á facilitarnos la segunda, se dirigió el celo apostólico con que san Indalecio predicó en nuestro reino la santa y adorable religion que profesamos los españoles. Él, haciéndonos cristianos, nos elevó á una dignidad, ánte la que nada valen los títulos de nobleza, los nombres augustos, los dictados honoríficos y todas las glorias de la tierra. Porque, señores, al que no siendo cristiano se muere y se condena; ¿de que le sirven el nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos, y las demás cosas que aprecian los mundanos? ¿Qué ha sido de los famosos Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos? Revolved sus cenizas; buscad entre ellas alguna distincion... Pero nó, no la encontrareis, porque no la hay más que entre los que murieron en el Señor; en los justos, cuya memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos; en aquellos cuyas buenas obras los siguen hasta más allá de la tumba, como lo dice el ángel de Patmos. Los que no tienen la dicha de morir como buenos cristianos, según las instrucciones del glorioso san Indalecio, desaparecerán con ignominia de la vista de los hombres; será execrable su memoria; se borrarán sus nombres del libro de la Vida, y no se escribirán con los de los justos, aunque hayan sido los principes más poderosos del mundo, los hombres más afortunados de la tierra. Solo el nombre de cristiano es el que dá honor y gloria en esta y en la otra vida. Así lo asegura nuestro divino Redentor cuando dice: *Esta es la vida eterna: que te conozcan á ti solo, Dios verdadero, Padre mio, y á Jesucristo á quien envías* (1). Hé ahí la fé de los cristianos, su religion, su dicha y felicidad: conocer, amar y servir al Dios verdadero y á su Hijo Jesucristo, en quien es-

(1) JOAN, N. XVII, 3.

tán escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, según el Apóstol. Esta es la dicha de los hombres formados en la escuela del Evangelio que anunció san Indalecio á los españoles; ella es la que puede abrirnos la puerta de la felicidad que desea nuestro corazón, y ofrece Jesucristo á los que le aman, cumpliendo con los preceptos de su ley santa. Si los ángeles os predicaren otra cosa, no deberíais creerlos, dice San Pablo. Nosotros por el bautismo gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios; adquirimos derecho á la herencia eterna; somos el pueblo de Dios, hermanos de Jesucristo, con quien formamos el cuerpo místico de la Iglesia, de quien Él es la cabeza y nosotros los miembros. Comprended despues de esto, si os es posible, la dicha de un cristiano, el valor y mérito del varon apostólico que Dios envió á nuestra venturosa España para hacernos cristianos, y enseñarnos la senda recta que conduce al Cielo. Dejaos conducir por un sano juicio, por una razon ilustrada con las luces de la fé, por los instintos de un sentido religioso, y vereis las ventajas que trae al hombre el augusto título de cristiano.

Representaos los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de nuestro señor Jesucristo; el inmenso precio y valor de los santos sacramentos; el poder y eficacia de la gracia; la inestimable utilidad de la comunión de los Santos; la excelencia de nuestra santa y adorable religion, y la felicidad eterna á que nos conducen; y advertid, que por el solo hecho de ser cristianos, adquirimos derecho á todos esos tesoros, nos enriquecemos con todos esos bienes, somos arrastrados suave y dulcemente por el camino de las virtudes hácia la mansion de la felicidad eterna; en que son tan inmensos, tan supereminentes y magníficos los bienes que Dios tiene preparados para sus escogidos, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en el corazón del hombre puede caber la comprension de su excelencia. ¡Ah! El buen cristiano vive de la fé, y ésta le hace ver á Jesucristo prometiendo magníficas recompensas á los que le sirven. Ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada y eterna en la otra. Aún no basta esto para concebir la dicha que los cristianos tendrán en la gloria. No hay cosas en el mundo que puedan hacernos comprender los bienes de que gozan los Santos en el Cielo; pero abundan las que nos dán á conocer los males de que están exentos. Dolores, tristezas, enfermedades, miedo, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está desterrado de aquella feliz mansion del gozo eterno. Reina en la celestial Jerusalén una alegría pura, completa é inalterable; allí el corazón está lleno, el alma satisfecha. En el Cielo están los cristianos inundados en un océano de delicias. No son solamente todos

los bienes juntos, es la misma fuente de todos ellos, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad, que, aún mirada á lo léjos, sorprende, asombra, admira y hace felices á los justos que la contemplan. Las almas de los cristianos bienaventurados entran, se engolfan, se sumergen, se anegan y se pierden, por decirlo así, en la alegría del Señor, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios. ¡Oh Dios de San Indalecio! Si un consuelo interior, ó un favor vuestro causa dulzuras tan inefables aún en esta region de lágrimas; si la sola sombra de vuestra gloria quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las más pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires sientan verdadero gusto y placer en medio de los más crueles tormentos; ¿qué será en el Cielo, en donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer felices á los cristianos que le amaron y sirvieron en esta vida? Aquella vista clara, distinta é íntima de un Dios padre, de un Dios amigo, de un Dios hermano y compañero... Aquella seguridad de ser eternamente felices... ¡Gran Dios! ¿qué cosa tan dulce es poseeros sin temor de perderos jamás! ¿Qué recuerdo este tan suave! ¿Qué pensamiento tan delicioso! Tengo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; estoy lleno de gozo puro y perfecto, y este gozo jamás ha de tener fin; yo me he salvado; soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto, señores, esto es lo que ahora piensa San Indalecio con aquel infinito número de Santos que dió al Cielo la santa y adorable religion que predicó á los españoles. ¿Y será posible que pudiendo decir nosotros todo esto, que pudiendo gustarlo y poseerlo, no hagamos en el mundo todo lo que nos enseñó este maestro de la doctrina cristiana, para acompañarle en los torrentes de gloria en que se ve ahora deliciosamente engolfado? Dios mio, vuestra gracia imploramos; vuestra gracia, divino Jesús, porque con ella, desde este momento, vamos á principiar á quitar estorbos, á crucificar nuestras pasiones, á emprender una vida cristiana, á no pensar, querer, ni amar más que á Jesucristo crucificado.

Si, amados míos: demos crédito al Evangelio de Jesús predicado en nuestra España por San Indalecio, y caminemos sin detenernos hácia el Cielo. Allí está nuestra felicidad, allí nuestra dicha, allí la posesion de nuestro Dios. ¿Qué es lo que se nos pide para conseguir bienes tan inmensos? Nada más que dos momentos de mortificacion y penitencia; una vida ligera como un abrir y cerrar de ojos, pasada en la virtud, entretenida en amar á Dios y al prójimo; y ocupada en pensar en aquella dichosa eternidad, que hace dulce aquí en la tierra hasta la misma amargura, que disipa los enfados, calma las inquietudes

tudes y tranquilidad el corazón más agitado. Se nos pide que seamos felices con la virtud en la tierra, para que lo seamos eternamente en el Cielo con la gloria. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; hacer bien á todo el mundo, y mal á nadie; vivir pia, justa y sóbriamente, como lo encarga el Apóstol, y poner la vista en la felicidad eterna que nos ha prometido nuestro benigno Salvador; ¿no son las cosas más conformes á la razón y buen sentido de los hombres cuerdos, sensatos y juiciosos? Pues en ellas consiste toda la religion que trajo Jesucristo del Cielo, para hacernos dichosos con su gracia en esta vida, y eternamente felices con la posesion del bien sumo en la mansion de los gozos eternos: Así nos lo ha predicado San Indalecio, á quien se deben en nuestra nacion las primeras nociones del cristianismo que abrazaron nuestros padres, con resuelto propósito de trasmitirlo á sus hijos, por saber que con él nos venian juntamente todos los bienes; por haber vivido y muerto convencidos de que siendo cristianos, somos tan nobles, dichosos y felices como los que, para no dejar de serlo, suplicaban y decian á Jesús: Señor, aumentanos la fé.

Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorea, de Cartagena y pueblos de la antigua Bética ó Andalucía, depositarios de la tradicion más autorizada, y ellos os enterarán de los frutos que aquellos terrenos rindieron al Labrador divino, despues que san Indalecio sembró en ellos la semilla del Evangelio. Ellos os dirán lo que este celoso operario del gran Padre de familias hizo, para desengañar á los infieles de los errores de la idolatría, para convencerlos de la sabiduría de la cruz, aficionarlos á Jesus crucificado, y demostrarles, que en Él y por Él podian asegurar la felicidad, que todos deseaban y nadie habia podido encontrar. Allí es en donde, principalmente, manifestó el infatigable y siempre activo san Indalecio la caridad acendrada en que ardia su corazón, la excelencia y grandeza de un primer obispo, adornado de todas las gracias y dones que derramó el Espíritu santo en las almas de aquellos varones apostólicos, á quienes se encargó la conquista de todo el mundo con las armas de la cruz, con la sublime sencillez del Evangelio, con las virtudes propias de un buen cristiano, destinado para ser eternamente ciudadano de la corte celestial. Allí, suministrando á los convertidos los auxilios necesarios para perseverar en la gracia recibida, y conservar el sagrado depósito de la fé que habia predicado; enseñando el modo de celebrar los oficios y divinos sacrificios, para tributar á Dios un culto digno y agradable á la Divinidad; y dedicándose total y exclusivamente á elevar á los españoles á la altísima é incomprensible

dignidad de verdaderos cristianos, fué en donde san Indalecio demostró su origen y procedencia del colegio apostólico, su virtud y mérito de un enviado del Señor, el grande espíritu de los que revestidos con la virtud del Altísimo admiraron al mundo con sus perfecciones evangélicas, y el poder de obrar milagros estupendos. En fin, habiendo dicho Jesús, que el modo más demostrativo de manifestar lo que se ama á los amigos, es el de dar la vida por ellos, y decretado que la sangre de los mártires fuese un semillero fecundísimo de cristianos, permitió que el cruel Neron se manifestase tan hostil á los hijos de la Iglesia, que puso en ejercicio todo el poder del imperio romano y del Infierno para eliminar de la tierra el nombre de cristiano, y acabar con los adoradores de Jesús en toda la tierra. Los paganos, pues, ofendidos de las muchas conquistas que hacia san Indalecio para Jesucristo, se apoderaron de su persona, le atormentaron cruelísimamente, derramaron á torrentes su preciosa sangre; y ella está todavía produciendo virtudes cristianas, haciendo dichosos y felices á los españoles, dando al Cielo almas dichosísimas ocupadas en alabar, bendecir y glorificar al que las potestades angélicas saludan con el nombre misterioso de tres veces santo. Murió san Indalecio con la muerte de los apóstoles; pero dejando asegurados á los cristianos entre las influencias prodigiosas de su sangre, y las que desde el Cielo descienden sobre los fieles que peregrinan en la tierra. Mientras vivió no perdonó trabajo, fatiga ni incomodidad, por penosa que ella fuese, para anunciarles el reino de los Cielos y revestirlos con la dignidad de hijos de Dios haciéndonos cristianos; dió generosamente su vida por Jesucristo por corresponder á la gracia de Dios, y enseñarnos con el ejemplo el camino que conduce á la felicidad eterna; desde donde nos llama, deseoso de que seamos tan dichosos y felices como él lo es, en el inmenso océano de delicias en que le tiene la bondad del Dios á quien sirvió. Hizo en favor nuestro todo lo que pudo hacer un varon apostólico dedicado á cumplir con la santísima voluntad de Dios; y, ó somos los más ingratos del mundo y los más enemigos de nuestras almas, ó debemos mostrarnos agradecidos á este glorioso Santo, siendo accesibles á las doctrinas que nos predicó mientras vivió, que sigue predicando con su sangre derramada en nuestro suelo fecundizado con su virtud, y con las inspiraciones con que desde el Cielo llama, grita y vocea á nuestras almas, para que jamás dejemos de ser cristianos, para que en nuestros conflictos, apuros y necesidades recurramos siempre á Jesús, y le digamos como los apóstoles: Señor, aumentanos la fé.

No tenemos ya que afanarnos para buscar la felicidad en donde no

se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra; nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella; ha puesto en nuestras manos todo el poder del Cielo haciéndonos cristianos; y con este glorioso título ya somos en la tierra *la gente santa, el real sacerdocio, y el pueblo de adquisición*, de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fé viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos; y, muy especialmente, con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, é impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así no olvidemos, que no tenemos en este mundo mansión que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y afición de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sábio; á ser, en una palabra, buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Kehemos, como él, una ojeada hácia el Cielo; y si tenemos fé, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillantísima, nos animará, nos fortalecerá, nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la vía, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el Cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalén de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
Fué un dechado de virtud y de fortaleza.

(II MACC. VI, 31.)

La misma religion que propone á nuestra fé las oscuras verdades que debemos creer, ofrece á nuestra piedad los admirables ejemplos que debemos imitar; ejemplos que á su vez son la apología más elocuente del Evangelio. ¿Por ventura resplandee su triunfo en alguno con mayor claridad que en el de la Santa, cuyas virtudes y triunfos voy á referir en el día de hoy? Ella es la gloria de Roma como lo fué Judith de Jerusalén; por ella vióse confundida la idolatría, y pareció admirable el cristianismo á sus tiranos. El Señor la protegía en los más árduos y penosos trabajos. Como víctima de la inocencia y de la fé, alcanzaba la dicha de ver aplaudida su victoria hasta por sus mismos enemigos; y sobre su cabeza se colocó la corona del pudor y del martirio, que excede sin comparacion á todas. Su santidad alentaba su fortaleza, y su fortaleza fué la recompensa de su santidad. Con el heroísmo de sus acciones, la multitud de sus prodigios y la fuerza de sus ejemplos, hizo, alternativamente, respetar y triunfar á la religion: *Exemplum virtutis et fortitudinis.*

Inés hizo durante su vida que la idolatría respetase á la religion. Estos fueron los ejemplos de su santidad. *Exemplum virtutis.* Punto primero. Inés hizo con su muerte triunfar á la religion de la idolatría. Tales fueron los ejemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis.* Punto segundo. Pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Los medios de que Dios se sirvió para hacer respetar á la religion durante la vida de Inés, me parece que fueron idénticos á los de que el Señor se valió para que esta misma religion fuese respetada en los